

humorísticos en grado sumo, pequeñas miniaturas trabajadas con arte, donde es fácil encontrar toda clase de sugerencias, aunque la más evidente y excepcional sea la del humor.

Leyéndole, nos hallamos muy lejos de lo que suele llamarse humor entre los malos literatos, que tanto abundan. Estamos seguros de que todos ellos, o la mayoría, se aburrirían con los cuentos de este escritor ruso. No hacen reír simplemente. Su humor se mete en rincones muy ocultos de los seres humanos, y sólo los que alguna vez se han asomado a estos rincones, ávidos de saber, pueden gozar plenamente toda la hondura, toda la maestría, todo el encanto de la esencia humorística que hay, por modo abundante, en sus breves relatos.

Las costumbres, los vicios, el arte, la filosofía, las leyes, los instintos, señaladamente el instinto sexual, las pasiones, las preferencias ideológicas o sentimentales, las manías, todo lo que forma la vida dinámica de los seres, aparece descrito por Arcadi Averchenko de una manera desusada, pero certera; imprevista, pero natural; arbitrariamente, a juzgar por las apariencias, pero, en realidad, de un modo al que, en último análisis, no sería posible ofrecer ningún reparo. La vida, ciertamente, es desusada, imprevista, arbitraria, no obstante ser tan natural.

No nace, no puede nacer, de un humorismo de tan alto rango, la risa desatada que producen en los lectores poco exigentes, las chuscadas de algún hilyanador de chistes dislocados. Hay en este humor una cantidad tan enorme de pensamiento, no premeditadamente puesto al servicio de un propósito humorístico, sino del que nace sencillamente el humor, que sería imposible, no la risa, sino ni siquiera la comprensión de los lectores superficiales. Estos lectores, ya lo hemos dicho, se aburrirían. Quien gusta especialmente de la chuscada, no está preparado para el goce más alto y más puro de los frutos del humor.

Como Arcadi Averchenko posee una sensibilidad exquisita, en lo que también se parece a sus antecesores rusos, late en todos sus escritos una protesta encendida contra todas las fealdades evitables de los hombres. Sus armas humorísticas clavan flechas certeras en toda injusticia, sea cual fuere su origen. Y hay una comprensión tan acabada en cuanto sale de su pluma, para los dolores inevitables de los hombres, que, cuando habla de ellos, todo su humor se resuelve en una ternura estremecida, que conmueve al lector y le hace sufrir por el dolor de los demás.

Del libro titulado «Una mujer», publicado recientemente por la Editorial Pegaso de Barcelona, he aquí, en estas páginas centrales, uno de sus cuentos más originales.

—¿Quiénes?

—La tierra está habitada por millones y millones de seres. Hay un sin número de funcionarios, de estudiantes, de zapateros, de ministros, de caballos, de perros, de loros, de «sportmen»... Y querrán seguir viviendo, aunque te mueras tú.

—¿Para qué?

—¿Cómo que para qué? ¿Crees en serio, que sin tí no querrán vivir?

—¡Naturalmente! Su existencia no tendrá ya objeto.

Kurochkin empezaba a enfadarse.

—De manera que, no existiendo tú, y nada tendrá objeto, ¿verdad?

—¿Qué objeto iba a tener?

—¡Vamos, te chancesas! ¡No puedes decir eso seriamente!

—Lo digo y lo pienso. Estoy convencido de que esa es la verdad.

—¡Qué idiota!

Kurochkin escupió indignado sobre la hierba.

Nadkin guardaba un silencio dialéctico.

—Así es—gruñó Kurochkin, lanzándole una mirada despreciativa,—que todos los generales, escritores, artistas, senadores y suripantas que hay en la actualidad en Petersburgo y en Moscú existen para tí, ¿no es eso?

—Claro. Pero en la actualidad, precisamente ahora, no existen.

—¿Cómo que no existen?

—Ni en Petersburgo ni en Moscú existen ahora teatros, ni oficinas, ni tiendas, ni seres vivientes. Su existencia sería

inútil.

—Pues ¿dónde están? —preguntó Kurochkin abriendo los ojos enormemente.

—¡En ninguna parte!

—¡¡¡¡¡!!!

—Pero si yo realizara un viaje a Petersburgo o a Moscú, existirían en seguida. A la llegada de Nadkin, las casas surgirían como por ensalmo, los coches rodarían a través de la ciudad, se abrirían los teatros, las tiendas de modas se llenarían de señoras, los periódicos reanudarían su publicación. Y en cuanto Nadkin se marchase, todo desaparecería, se evaporaría, hundiéndose en la nada la ciudad entera.

Kurochkin tembló de cólera y no pudo, durante unos segundos, decir oste ni moste.

—¡Qué canalla!—gritó al fin—¡Dan ganas de romperte las muelas! ¡Qué estupidez! ¡Se figura que los ministros, los generales, los zapateros, los cocheros, sólo existen para él, para el señor Nadkin! ¡Valiente personaje!

A Nadkin no le ofendieron tales palabras; diríase que ni las oyó siquiera.

—Desde mi infancia—dijo monologando pensativo—estoy convencido de que antes de mí no existía nada ni existirá después de mí. ¿Para qué? Mientras Nadkin exista, existirá todo para él. Cuando Nadkin desaparezca, desaparecerá todo con él.

—Pero, si eres un personaje tan importante ¿por qué no eres rey o príncipe?

—¿Soy acaso inferior a los príncipes y a los reyes? Los príncipes y los reyes existen para mí.

Kurochkin, furioso, se sentó.

—Así es que, como yo estoy ahora en el campo, nuestra ciudad tampoco existe...

—¡Por supuesto! ¡Imbécil! ¿No ves el campanario de la catedral?

—Lo veo porque miro.

—No entiendo...

—Es muy sencillo: cuando miro, aparece; cuando vuelvo los ojos, desaparece. Si no miro, no tiene razón de existir.

—¿Habrás visto impertinencia...? No mires; miraré yo sólo. ¿A que no desaparece?

—Para mí no existirá, y basta. Lo demás me tiene sin cuidado.

Se hizo un largo paréntesis. Kurochkin, muy alterado, volvió a escupir en la hierba, tendiéndose nuevamente y se puso a silbar un aire de opereta.

—¡Oye!—gritó, incorporándose bruscamente, como sacudido por una inspiración repentina—. Y si yo me muero, ¿desaparecerá todo también?

—Si te mueres después que yo, todo habrá desaparecido ya.

—¿Y si me muero antes?

—Si te mueres antes, todo seguirá existiendo. ¿Por qué va a desaparecer, viviendo yo? Tú eres una de las infinitas cosas que existen para mí. Vives para mí. Y morirás...

—¿Para que tú te diviertas?

—Al contrario, para que yo lllore ante tu tumba.

La indignación de Kurochkin subió de punto.

—¿De modo que yo soy un ser accesorio?

—Como el zar, como el papa, como Rothschild, que dejarán de ser en cuanto yo me muera.

—¿Y sólo existo cuando tú te dignas mirarme?

—¡Es triste, pero es así!

—Y cuando miras a otro lado ¿dejo de existir?

Nadkin vaciló un momento. Temía herir la susceptibilidad de Kurochkin; pero, por otra parte, le parecía un crimen de lesa metafísica dejar incompleto su sistema filosófico. El filósofo venció en él al amigo.

—Sí. Cuando no te miro, no existes. Tu única misión en el mundo es hacerme compañía.

Aquello era ya demasiado. Kurochkin se levantó, centelleantes las pupilas.

—¡Será canalla!...—rugió, loco de rabia—Ahora resulta que mi madre me parió, me crió y me educó para que le hiciera compañía a este indecoroso telegrafista.

¡Qué frescura! ¡Valiente personaje! Todo el universo ha sido creado para él y sólo existe para que él se distraiga. ¡Estúpido idiota! ¡Todo ha terminado entre nosotros!

Y encasquetándose la gorra hasta las orejas, se alejó temblando de rabia, en dirección a la ciudad.

Nadkin pensaba, mirándole alejarse:

—Todavía existe, puesto que le veo; pero no tardará en desaparecer entre los árboles, es decir, en dejar de ser.

Una diabólica sonrisa iluminó el frío semblante del telegrafista filósofo.

ARCADI AVERCHENKO